

TEMES

La historia cultural en España: tendencias y contextos de la última década

Elena Hernández Sandoica

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Con frecuencia se ha dicho que no resulta fácil definir la historia cultural. Mucho menos sin duda a esta hora, en que asistimos a una renovada expansión de su *ámbito* y *objeto* científicos (o mejor, de sus *objetos* múltiples y focos de atención).

Arrumbada durante décadas —o casi— por una delicada operación de identificación de ciertos historiadores con modos elitistas y muy conservadores de enfocar los actos de pensamiento y de creación artística transmitidos a lo largo del tiempo, vino a ser rescatada después, de modo periférico, por núcleos de historiadores de actitud diferente, dispuestos a cambiar los modos dominantes de comportarse —hasta aquel mismo punto, y en general— la historia social, ligada a la *estructura* de las clases sociales.¹

¹ No es infrecuente la autopercepción, por quienes cultivan alguna de las posibilidades del subgénero, de esta complementariedad o pertenencia interna de *lo cultural* al ámbito extenso de *lo social*, incluso de la vinculación genética de una aproximación respecto a otras, en el caso concreto de la *historia intelectual*, por ejemplo, cuando ésta es concebida como análisis de grupos sociales —los intelectuales— dotados de especificidad. Así, en

El proceso de recuperación se ha visto favorecido, de modo aún reciente, gracias a una especie de encuentro intermitente —y ciertamente discontinuo y desigual— del campo *cultural* con la crítica literaria y con otras disciplinas humanísticas de nuevo cuño, como la semiótica o la antropología lingüística. Y, en general, se ha beneficiado ampliamente de la tensión renovadora y de la aspiración interdisciplinaria que arraigó por doquier, en la historiografía, a lo largo de los años 70. Es decir, debe mucho al continuo ir y venir de los historiadores a la cantera de las ciencias sociales, a sus procedimientos y a sus métodos.

Las premisas

Sea como fuere, lo cierto es que desde que este encuentro se inició en España, encontrándose ya en curso la transición política y *cultural*, la situación entre nosotros de lo que podemos denominar, con etiqueta generosa y ambigua, *historia cultural*, sin llegar a ser comparable con la de otros países del entorno (y mucho menos con la muy floreciente de los Estados Unidos), se ha hecho mucho más rica y necesariamente variada, más compleja y plural. De ahí a sospechar que, bajo el rótulo de *historia cultural*, se albergan cosas bien diferentes —acaso de imposible unidad—, no hay más que un paso. Y, advirtiendo de ello, habré de darlo ya, permitiéndome antes un breve recorrido que establezca los marcos temporales de la valoración que seguirá después.

A mediados de los años 80, ante el grupo de *Estudios sobre la espiritualidad mediterránea* de las universidades de Oporto y Lisboa, y especialistas como el alemán Gumbrecht o el francés Chartier, traté de definir a grandes rasgos, entonces cuál era el panorama emergente desde mi perspectiva, de nuestra *historia cultural*.²

En aquella ocasión, en un contexto en el que la *textualidad* era una preocupación fundamental, pergeñé a grandes trazos la irrupción imponente,

Jordi CASASSAS, *Entre Escil·la i Caribdis* (1990, p. 13) y *Els intel·lectuals...* (1999, p. 23) [ambas obras citadas más abajo].

² «La sustracción del objeto. Sobre historia de la cultura e historiadores en España (1968-1986)», en *Problemáticas em história cultural*, Porto, Instituto de Cultura Portuguesa, 1987, pp. 143-164. Acepta este punto de vista, y en parte lo incorpora, Octavio RUIZ-MANJÓN en «Nuevas orientaciones en historia cultural», en A. MORALES y M. ESTEBAN (eds.), *La historia contemporánea en España*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, pp. 197-205.

la descarga extraordinaria que sobre los estudios culturales (por el momento aún desdibujados e inconexos) ejercía en España el auge competitivo de la *historia social*. Un influjo que iba a ser enseguida combatido, a su vez, por el rearme inminente de la *historia política*.³ Aunque echaba en falta, al mismo tiempo, el que de un modo firme, contundente y preciso se perfilara el campo definido de eso que —no queriendo ser ya una *historia de las ideas* de formato enranciado— iba denominándose *historia intelectual*.⁴

Una década y media después de aquel apunte, las cosas han cambiado también en este punto. Pero seguramente para mostrar con toda claridad, en el proceso de consolidación, que las dos opciones básicas (*historia política* e *historia social*) siguen siendo el horizonte normativo que guía nuestros pasos, como historiadores. El panorama extenso de la producción española que, para dar acogida a la variedad de métodos e inspiración que la alimentan, podríamos llamar «*estudios culturales*» (aunque parezca innecesaria su institucionalización como disciplina y sea inalcanzable el umbral mínimo de coherencia teórica)⁵, permite el optimismo. Optimismo, a la hora de trazar el balance y también a la de imaginar el

³ Ejemplo de alguno de los modos de recepción de este viraje, en España, en José ANDRÉS GALLEGO (dir.), *New History / Nouvelle Histoire. Hacia una nueva Historia*, Madrid, Actas, 1993, con algún texto de historia cultural.

⁴ Utilizo muchas veces *historia intelectual* en este texto, y no *historia de los intelectuales*, como sería más preciso y me hizo ver acertadamente Albert Ghanime en su presentación oral, el 25 de abril de 2001. Aclaro, sin embargo, que lo hago en el doble supuesto de que la *historia de las ideas y/o del pensamiento* sigue recogiendo, todavía hoy, las formas de argumentación ajenas al contexto social de la creación cultural, sea ésta la que fuere, y de que la etiqueta *historia intelectual* ha ido incorporando, en cambio, poco a poco, cualquier otra opción atenta a *lo social* y, a la vez, *lo político*. Pero no cabe duda, en cualquier caso, de que una *historia de los intelectuales* expresa de manera mucho más clara y concreta la opción de enfoque político-social.

⁵ Que yo sepa, esta etiqueta *a la anglosajona* —referida esencialmente a la cultura de masas, cultura popular, etc.— sólo se ha utilizado hasta aquí en textos de carácter docente concebidos como antologías. Así, Helen GRAHAM y Jo LABANY (eds.), *Spanish Cultural Studies. An Introduction*, Oxford / Nueva York, Oxford University Press, 1995. Significativamente, esa completa aproximación interdisciplinaria que cubre el periodo 1898-1992 con técnica mixta —entre el ensayo específico y la recopilación de textos— lleva el subtítulo *The Struggle for Modernity*.

futuro. Ésta es sin reservas mi opinión, a pesar de que puedan señalarse —y así lo haré después— carencias o lagunas, quizá por el momento inevitables.

I. Dos son los ejes sobre los que a grandes rasgos ha tenido lugar, durante los últimos quince años, el crecimiento indiscutible de tal tipo de estudios. El primero, la ampliación extensa del componente *sociocultural* (y más concretamente, la irrupción rutilante de ciertos enfoques de la sociología cualitativa y de la antropología cultural, con sus objetos y sus métodos propios, a veces compartidos). El segundo, el afianzamiento y la perfección instrumental de la llamada *historia intelectual*, muy cercana a su vez a la historia política en muchas de sus formas y maneras, e indudablemente beneficiada de los progresos de ésta, pero también adscrita en vecindad constante a la historia social.

Nada puede extrañar, en consecuencia, que esa historia *intelectual* —bien ligada al poder y a las elites— no renuncie a ejercer de abanderada del campo cultural, si abordamos las cosas desde la *historia* como disciplina. Y que en función de esa primacía ejerza, en ocasiones, las funciones de aglutinación y cohesión de un acarreo empírico (textos y materiales, objetos y problemas) que en principio parece disperso y discontinuo.

Trataré de ir descomponiendo esos dos ejes, sin que me sea posible proporcionar aquí noticia puntual de las piezas diversas que los componen y les dan entidad, ni menos todavía de las relaciones que se van entablando entre unas y otras de esas piezas. Como aproximación valorativa, consciente de su carácter eminentemente interpretativo y, obviamente, muy personal en gustos y elecciones, ha de ser por lo tanto entendido el recorrido que ahora se propone a través de nuestra más reciente *historia cultural*.

1) La historia cultural, entre sociología y antropología

La más espectacular innovación viene quizá del modo en que ha ido cuajando en la realidad historiográfica española una vieja trayectoria de aspiración unívoca: la fusión del concepto *cultura* (tal y como procedía de la antropología cultural y/o social, arrancando de la cultura material y pasando por la atribución simbólica, o de significados) y su *historización*, es decir: la cada día más buscada y practicada aplicación concreta de los marcos conceptuales de las ciencias sociales al estudio de las diversas sociedades *en el tiempo*.⁶

⁶ Algunas obras muestran de golpe esa impronta global, compatible en muchas

Hay que añadir aún que la escala aplicada a dichas sociedades ha ido tendiendo a reducirse progresivamente, hasta hacerse de los enfoques *micro* casi una obligación. Y que, además, la preocupación multidisciplinaria por el *lenguaje*, concebido como la mediación cultural por excelencia —una idea afianzada en la *antropología lingüística*—, reúne todas las garantías de inspirar los enfoques más fructíferos, los más interesantes. Y no sólo para la propia historia, sino también para el conjunto entero de las ciencias sociales.⁷

Por otra parte, la incorporación paulatina al análisis historiográfico del tiempo *reciente* —la *contemporaneidad*—, la fuerte incidencia en muchos historiadores (especialmente entre los que se ocupan de «lo cultural») de las corrientes filosóficas *antiobjetivistas* —con el espacio creciente concedido a enfoques *experienciales* e *identitarios*— y, en fin, la relativamente rápida aceptación de las *fuentes orales* como recurso básico y técnica de trabajo, han abocado a una visible transformación del género historiográfico. Y lo han convertido en un *conjunto de modos de conocimiento* —un «saber», hoy ya no independiente ni unitario— al que, a pesar de la hondura y latitud de los cambios acontecidos en el último siglo, se denomina *historia* todavía.

Valga insistir en que a tan profunda transformación, continuamente en curso, en modo alguno podría serle ajena la *historia cultural*. Al contrario, es ésta parte activa, y aún más parte creciente, de esas transformaciones. Como ya adelantamos, se beneficia hasta tal punto de ellas que se halla en condiciones de aspirar —y no siempre de manera discreta— a una hegemonía que han perdido de hecho tanto la historia *política* ‘*tout court*’ —la no influida por las ciencias sociales— como su contrincante más belicosa, la historia *social* basada en la cuantificación y/o las estructuras, que así quería validar su estatuto científico.⁸

ocasiones con la influencia neomarxista. Muy claramente, por ejemplo, José Carlos ENRÍQUEZ, *Sexo, género, cultura y clase. Los rumores del placer en las Repúblicas de los Hombres Honrados de la Vizcaya tradicional*, Bilbao, Beitia, 1995.

⁷ Información muy actualizada de algunos de estos temas en Alessandro DURANTI, *Antropología lingüística*, Madrid, Cambridge University Press, 2000.

⁸ Trato de estas circunstancias en *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995. Una explicitación más evidente de algunos de los referentes internacionales de este proceso, en Agustí COLOMINES y Vicent S. OLMOS (eds.), *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*,

Sucedee, sin embargo, que la incidencia, en la historiografía, de las corrientes postestructuralistas y no cuantitativas de las ciencias sociales ha ido desembocando en distintos ensayos de un subgénero que, visto en su conjunto, ha recibido el nombre de *historia de la vida cotidiana* y que se presenta como un intento magno de historia cultural. En efecto, se trata de un sujeto de análisis amplísimo, muy cercano a corrientes diversas de la sociología cualitativa (enfoques sobre todo interaccionistas y etnometodológicos), que exige ser abordado, preferentemente, mediante técnicas y perspectivas «micro».

A pesar de las fuertes diferencias de método y objeto que convergen en esa historia «de la vida cotidiana», dependiendo de cuáles sean su inspiración teórica concreta y los recursos instrumentales empleados, y a pesar también del no siempre correcto uso (o de la banalización incluso) que se hace del concepto cuando lo usamos los historiadores, lo cierto es que el anchísimo campo de exploración rotulado como *vida cotidiana* goza hoy de gran aceptación, también entre nosotros. Y es, desde luego, una forma de historia cultural en auge y crecimiento, casi una *necesaria* preocupación para la mayoría de cuantos practicamos el oficio.

De esa presión llegada de las ciencias sociales, que ha sido previamente muy fuerte en historiografías como la francesa, la alemana o la italiana —que ofrecen, sin embargo, modelos de análisis cultural muy distintos entre sí—, se ha hecho eco también la historiografía española, que ha llegado hasta ahí, por lo general, partiendo de elementos diversos de sociología urbana y de análisis de clases. Además del caso catalán —fuerte-mente diferenciado, y al que dedico mayor atención más adelante—, han cuajado diversos focos de entidad. A saber: aquél que en el País Vasco inició y continúa Luis Castells;⁹ el asturiano, con Jorge Uría, quien acerca su enfoque sensiblemente al concepto político-social de *sociabilidad*;¹⁰ el castellano-mancheño del GEAS,

Catarroja / Barcelona, *Afers*, 1998. Y un itinerario explicativo, en Jordi CASASSAS, «Història social de pesos i mesures i història cultural de la societat», en *Miscel·lània en honor del doctor Casimir Martí*, Barcelona, 1994, pp. 157-167.

⁹ Luis CASTELLS (ed.), *La historia de la vida cotidiana*, Ayer, 19, 1995. Y allí especialmente su artículo, junto con Antonio RIVERA, «Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)», pp. 135-164.

¹⁰ Jorge URÍA, «La taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio», *Historia Contemporánea*, 5, 1991, pp. 53-72, y otros títulos citados más abajo.

de similares características,¹¹ y el valenciano, con Ismael Saz como figura más visible y una nueva manera —no ajena a la *política*— de acercarse a la vida diaria, en la Valencia de la posguerra.¹² (Junto a los nombres y autores más «visibles», una amplia nómina de jóvenes investigadores, para ninguno de los cuales es extraña, de hecho, la nueva terminología y su correspondiente conceptualización.)

Fuertemente ligada a la *historia de las mujeres* (hoy virando con fuerza, al menos nominalmente, hacia la aplicación del *género* como marco de análisis),¹³ pero no encerrada en su espacio, se dibujan en la historia de «lo cotidiano» —que reúne *cultura material, ideas y creencias, formas de vida y prácticas sociales*— muestras de análisis histórico de todo tipo, líneas de trabajo e investigación histórica que son, por fuerza —como era de esperar en una historiografía ecléctica en su forma—, sensiblemente variadas.

Muchas de aquellas líneas, al menos en origen, se vieron influidas por la manera de aproximarse E. P. Thompson a los objetos *socioculturales*, por su acercamiento desde *lo colectivo* a *lo particular*. Y, desde luego, unas más que otras, pero todas al fin, aceptarían seguramente verse encuadradas en una especie de gran fresco de la vida en común, a modo de una gran representación de grupos muy extensos, a los que sin embargo pudiera

¹¹ F. ALÍA MIRANDA y otros, *España en sociedad: las asociaciones de finales del siglo XIX*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1998; Isidro SÁNCHEZ y Rafael VILLENA (coords.), *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.

¹² I. SAZ y A. GÓMEZ (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999; Ismael SAZ y otros (eds.), *Tiempos de silencio. Actas del IV Encuentro de investigadores del franquismo*, Valencia, FEIS, 1999.

¹³ Entre una bibliografía ya nutrida, Mary NASH, «Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea», en Pedro CHALMETA y otros, *Cultura y culturas en la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995, pp. 191-203; M. NASH y Susanna TAVERA, *Experiencias desiguales. Los movimientos sociales en el siglo XIX y primeras décadas del XX*, Madrid, Síntesis, 1994; Anna AGUADO (coord.), *Las mujeres entre la historia y la sociedad contemporánea*, Valencia, Generalitat, 1999, y *Les dones i la història*, *Afers* 33/34, 1999, pp. 531-550.

aplicarse el «zoom». Al fin y al cabo, si es vista en su conjunto la producción reciente, la mayoría de las líneas abiertas se propone integrar la *alta cultura* (y su más o menos compleja socialización a través de la escuela, la clase y/o el género) con formas diferentes —en grado variable originarias y específicas—, de *cultura popular*.¹⁴

Conviene señalar que en muchos casos —aunque no desde luego en todos ellos— tratan de desprenderse los autores y autoras del «reflejo» ejercido por la literatura. Es ello resultado de la fuerte sospecha que recae en la *f fuente* literaria, a la que se supone concedida una mayor fiabilidad de la que, en realidad, mereciera. Otro tipo de recursos e instrumentos variados vendrían, por lo tanto, sustituyendo a la obra literaria, a desempeñar su papel. Y en todo caso, de ser utilizada aquella fuente *clásica* en su papel central, se la somete a un ejercicio *irónico*, a una mayor cautela y a un ejercicio de contextualización muy superiores a lo usual, tan sólo hace unos años.

En este ámbito de prospecciones ligadas a los *textos*, lo mismo que en uno de los campos pioneros de exploración en esta área de trabajo interdisciplinario sobre *cultura* y *culturas* —me refiero a la *historia de la educación* en su sentido lato y generoso—,¹⁵ conviene recordar, antes de proseguir, el papel principal desempeñado por el hispanismo francés durante, al menos, las últimas tres décadas. Un papel que es revelador del cambio general que se ha ido produciendo.

Hoy, sin ocupar ya el lugar determinante de hace unos años,¹⁶ se percibe con toda claridad lo que dos de sus más importantes cultivadores, Botrel y Maurice, han venido a significar como un giro desde «la historia

¹⁴ Una muestra en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura española en la Restauración (I Encuentro de Historia de la Restauración)*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999.

¹⁵ Balance y bibliografía en J. L. GUEREÑA, J. RUIZ BERRIO y A. TIANA (eds.), *Historia de la Educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Madrid, CIDE, 1994.

¹⁶ Véanse, como aportaciones documentadas a esa valoración, los artículos de Jean-René AYMES, Irene CASTELLS, Jean-François BOTREL y José Carlos MAINER en *Ayer*, 31, 1998 («España: la mirada del otro») e Iván LISSORGUES, *El hispanismo en Francia: tradición, balance, orientaciones*, Oviedo, Asociación de Hispanismo Filosófico, 1998.

social a la historia cultural.»¹⁷ Además de su propia obra, siguen siendo muy especialmente activados los grupos y contactos bilaterales por estudiosos como Jean-Louis Guereña, quien se ha ocupado abundantemente de la educación, ya sea formalizada o no,¹⁸ y que es autor prolífico que, muy ceñido siempre a la historia social y a sus fundamentos institucionales, no ha dejado de dedicarse a otras tareas, como la de reconstruir la historia del erotismo¹⁹ y de la prostitución en la España del siglo XIX, entendidas a su vez como formas específicas de *historia sociocultural*.²⁰

Renunciando a otras evocaciones posibles, y advirtiendo siempre de la visión fragmentaria que implica la especialización en historia contemporánea que yo misma practico, podría decirse que en la década de los 90 el esfuerzo por asumir retos planteados, más allá del Pirineo, por autores como Carlo Ginzburg, Roger Chartier, Pierre Nora o Maurice Agulhon (y, en este último caso, tanto su concepto de *sociabilidad*²¹ como su plantilla para estudiar

¹⁷ Jean-François BOTREL y Jacques MAURICE, «El hispanismo francés: de la historia social a la historia cultural», *Historia Contemporánea*, 20, 2000, pp. 31-52.

¹⁸ Jean-Louis GUEREÑA y Alejandro TIANA, introducción a *Clases populares, cultura y educación (siglos XIX-XX)*, Madrid, Casa de Velázquez-UNED, 1989. Y, relevante todo él y convocado por ambos autores, el Coloquio franco-español *Classes populaires, culture, éducation. XIX^e et XX^e siècles*, Madrid, Casa de Velázquez / UNED, 1989.

¹⁹ «De l'obscène et de la pornographie comme objets d'études», *Cahiers d'histoire culturelle*, 5, Tours, 1999, pp. 19-32.

²⁰ J. L. GUEREÑA, «Hacia una historia sociocultural de las clases populares en España (1840-1920)», *Historia Social*, 11, 1991, pp. 147-161; «La sociabilidad en la España contemporánea», en I. SÁNCHEZ y R. VILLENA, *Sociabilidad fin de siglo...* cit., pp. 15-44. Sobre otros autores y grupos de trabajo, para la primera mitad del siglo XIX, véase el detallado recorrido de Jean-René AYMES, «La aportación del hispanismo francés (1975-1998) al conocimiento de la España del siglo XIX (1808-1868)», en *Ayer*, 31, 1998, pp. 19-41.

²¹ Pionero había sido, entre nosotros, el trabajo de Antonio M. BERNAL y Jacques LACROIX, «Aspects de la sociabilité andalouse. Les associations sevillanes (XIX^e-XX^e siècles)», *Mélanges de la Casa de Velázquez* XI, 1975, pp. 435-507. Y ciertamente importante el número 50-51 («La sociabilidad en la España contemporánea») de la revista *Estudios de Historia Social* (1989, pero aparecida en 1991), editada por Antonio ELORZA.

mediante esquemas de *socialización* los procesos de *nacionalización* estatal y sus recursos simbólicos, sus estrategias y sus procedimientos específicos) ha ido dando sus frutos en la historiografía española. Con mayor o menor prodigalidad y fortuna, pero la mayoría de las veces con resultados respetables.

Algunos de los autores que han venido ofreciendo esfuerzos en esta dirección se muestran muy expertos al abordar su objeto, bien conscientes del nexo que vincula la evolución de ideas y de conceptos —en cualquier individuo— con las diversas *prácticas* de naturaleza *sociocultural* en que se desenvuelve su existencia. Aunque no se es proclive todavía a incorporar la idea que, sin embargo, por doquier se impone: que el *lenguaje* es, en sí, un conjunto de estrategias simbólicas que forman parte del tejido social y de las representaciones —ya *reales* o imaginadas como *posibles*— de los individuos. Y que de él depende esencialmente, en todo caso, la consideración del mundo y su percepción global, siendo como es la forma interactiva por la que se transmite la *experiencia* (que es toda ella, por necesidad, *experiencia cultural*).

Con las perspectivas enunciadas más arriba se ha venido obteniendo, sin embargo, en los últimos años un conjunto de trabajos de innegable originalidad,²² muestras interesantes de cómo proceder con modificaciones convenientes en el instrumental para abordar el susodicho nexo que hace del individuo un «animal social», objeto de *cultura* y a la vez *f fuente* de ella. Por el momento, las formas adoptadas por los estudios hechos remiten, sobre todo, al concepto ya mencionado de *sociabilidad*.²³

²² Javier UGARTE, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

²³ Con las aplicaciones más precisas de su valor metodológico original, véanse: Jordi CANAL, «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea», *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 183-205; «El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)», *Siglo XIX. Revista de Historia*, 13, 1993, pp. 5-25, y «Sociedades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)», *Historia Social*, 15, 1993, pp. 29-47; «Espacio propio, espacio público. La sociabilidad carlista en la España mediterránea en la etapa de entresiglos», en I. SÁNCHEZ y R. VILLENA (coords.), *Sociabilidad fin de siglo...* cit., 1999, pp. 125-150. También, Pere ANGUERA, «Formes i espais de sociabilitat en una ciutat catalana: Reus a l'època contemporània», *L'Avenç*, 71, 1993, pp. 62-67; Pere SOLÀ, *Història de*

Estando así las cosas, y aun a conciencia de que no siempre ha sido comprendido el contexto de análisis originario y propio de los estudios de *vida cotidiana* por todos los practicantes españoles de ese tipo de análisis; y aunque no siempre sean formalmente lícitas la aplicación empírica y la conceptualización que se detectan —y, en fin, aunque tan sólo sea de modo tentativo—, podría ser ya el momento de asumir las tareas de trazar perspectivas y abordar, junto a ellas, el consiguiente esfuerzo de sintetización de los conocimientos disponibles.²⁴

Pero hay, con todo, un espacio específico que no puede englobarse sin más en todo lo anterior: el campo de la *lectura y edición de libros*, un capítulo definido de historia cultural de cuyo estudio no carecemos tampoco. Se trata de aproximaciones, ya no infrecuentes, que, además del cuidado acercamiento de Botrel a la producción literaria,²⁵ dicen seguir a la *nueva historia* francesa (especialmente en su fase serial y estadística, aunque —al menos en teoría— se muestren los autores españoles receptivos y abiertos a los más sutiles y refinados planteamientos posteriores).²⁶

l'associacionisme català contemporani: Barcelona i les comarques de la seva demarcació (1874-1966), Barcelona, Generalitat, 1993; Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, «Un país de individualistas insociables: concepto, léxico y percepción de la sociabilidad en el discurso regeneracionista de fines del siglo XIX», en R. SÁNCHEZ MANTERO (ed.), *En torno al 98...* cit. pp. 453-464.

²⁴ Tal actualización pretenden los volúmenes dedicados específicamente a la *Historia de la cultura y la vida cotidiana* de la reciente, en curso de edición, *Historia de España 3er. Milenio* (Madrid, Síntesis). Han aparecido en el 2000: *Los siglos XVI y XVII*, de Luis E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO y José L. SÁNCHEZ LORA; *La América colonial (1492-1763)*, de Magdalena CHOCANO, y *La América española (1763-1898)*, de Manuel A. DE PAZ y Manuel HERNÁNDEZ. Pronto lo harán los volúmenes 25 (Rafael SERRANO, para 1808-1868), 28 (Jorge URÍA, para 1868-1917) y 34 (Miguel A. RUIZ CARNICER y Jordi GRÀCIA, para 1939-1975).

²⁵ Jean-François BOTREL, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Pirámide, 1993.

²⁶ El modo de relación entre *texto* y *contexto* que pretende Chartier, el autor más citado, se acepta mucho mejor que, por ejemplo, el del norteamericano Robert Darnton, quien, según sus propias palabras, «tiende a descuidar los textos» (*Gens de lettres, gens du livre*, París, Éditions Odile Jacob, 1992, p. 5).

Son, con todo, estudios que arrancan su andadura de los años 80.²⁷ De modo que es allí, en sus espacios de producción y consumo propios y en las características de inspiración y de difusión de la historiografía española de esa década, donde hallan su significación original y son más exactamente valorables su alcance e interés.²⁸ Dicho de una manera más sencilla y clara: la mayoría de tales trabajos son muy cercanos a la *historia social* conceptualizada en torno a categorías de clase, o incluso forman parte íntegra de ese tipo de historia de manera directa, constituyendo así una modalidad más del amplio espectro de temas y de métodos que entonces se expansiona en nuestra historiografía.²⁹

Y es que era precisamente a mediados de los años 80 cuando había comenzado a dar sus frutos, en una exploración historiográfica de horizontes mixtos (la historia *de la educación* o, de nuevo, la *historia social*, entendida esta vez sencillamente como enfoque *from below*), aquel concepto —vago y extenso, generoso y lábil— de *cultura popular* al que tanto se debe en historia social.³⁰ Una ventana para la exploración sociocultural que proporcionó

²⁷ Jesús MARTÍNEZ MARTÍN, que publicó en 1986 su tesis doctoral sobre *Lecturas y lectores en la España isabelina (1833-1864)* [readaptación en 1991, Madrid, CSIC, como *Lecturas y lectores en el Madrid del siglo XIX*], ha seguido desarrollando en los años 90 la historia *de la edición* española, así como una *historia social de la lectura* en Madrid. Están por aparecer los textos del seminario *Los orígenes culturales de la sociedad liberal en España*, convocado por él en 2000 en la Universidad Complutense.

²⁸ A comentar virtudes y defectos dedicaba Carlos SERRANO una parte de su revisión crítica «Historia cultural: un género en perspectiva», *Historia Social*, 26, 1994, pp. 97-111.

²⁹ Percepción clara de ello en Elena MAZA, «Sociabilidad en España», en *Los 98 Ibéricos y el Mar*, vol. IV: *La sociedad y la economía en la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad Estatal, pp. 407-435. Véanse también Jorge URÍA, *Una historia social del ocio: Asturias, 1898-1914*, Madrid, UGT, 1996, y Germán RUEDA, «Formas de sociabilidad y condiciones de vida en la segunda mitad del siglo XIX», en *En torno al 98...*, tomo I, pp. 47-90.

³⁰ Importante resulta la edición en español del texto de Roger CHARTIER «Cultura popular: retorno a un concepto historiográfico», *Manuscrits*, 12, 1994, pp. 43-62. Menor resulta, a mi modo de ver, la apropiación concreta por los historiadores españoles de otro de sus textos más citados, a saber: «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, 17, 1993, pp. 97-103.

sucesivos aportes a la historia de las capas populares y de su relación con las *élites*,³¹ así como, más adelante, a la de las diversas experiencias colectivas del trabajo y del tiempo libre³² (aproximaciones concebidas bajo la dominante del *conflicto*, casi en su totalidad).

En tal contexto inserto, resultaría aquél del *libro* y la *lectura* un campo de exploración rico y plural, además de bien específico y diferenciado, y que, como también apuntábamos antes, en una parte importante de su desarrollo posterior quedaría desbrozado por las sucesivas aportaciones de los hispanistas. De nuevo, muy especialmente del hispanismo francés, de fina tradición literaria y filológica,³³ y del que había surgido una especie de *agenda* de investigación, para ir desarrollando extensamente. (A juzgar por las citas conseguidas, fue esa idea de Salaün y de Serrano un indudable estímulo para la investigación cultural que han ido elaborando recientemente los propios investigadores españoles.)³⁴

En cualquier caso, es muy posible ya que ese empuje director haya ido siendo trascendido y englobado en el tejido más laxo de la década de los 90. No obstante, volveremos a encontrar más adelante la presencia activa del hispanismo francés, al darse la circunstancia de que precisamente es el repertorio de unos

³¹ Jorge URÍA, «La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas», en M. SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura española de la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 103-144.

³² Entre otros textos posibles, Jaume CARBONELL (ed.), *Els orígens de les associacions corals a Espanya (segles XIX-XX)*, Barcelona, 1998, y el número 20 (1995) del *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* («Sociétés musicales et chantantes en Espagne, XIX^e et XX^e siècles»).

³³ De 1986 es la edición del Coloquio Hispano-Francés *Culturas Populares. Diferencias, emergencias, conflictos*, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Complutense. (De especial relevancia para este argumento es el artículo de Carlos SERRANO: «Histoires ouvrières du 19^e. siècle espagnol: culture populaire et culture historique», pp. 209-223). Del siguiente coloquio (*Classes populaires...* cit. en n. 18) destaco ahora el texto de Jacques BOTREL, «La littérature du peuple dans l'Espagne contemporaine. Bilan et orientations des recherches», pp. 277-299). Para la situación general a principios de la década de los 90, véase Jean-Louis GUEREÑA, «Hacia una historia sociocultural de las clases populares en España (1840-1920)», *Historia Social*, 11, 1991, pp. 147-164.

³⁴ Serge SALAÜN y Carlos SERRANO (eds.), *1900 en Espagne. Essai d'histoire culturelle*, Madrid, Espasa, 1991.

cuantos de sus cultivadores el que explora también, de modo original y pionero, temas o subcapítulos diversos de la historia de los *discursos* y *representaciones*, muchos de ellos cercanos al tema magno de las «invenciones» —construcciones históricas— de la *identidad nacional*, y de sus varias particularidades y conflictos. (De todo ello se hablará más extensamente en el apartado 3 de este artículo.) En conjunto, ha sido una manera de mostrar algunos de los giros y estrategias de la historiografía francesa —*ethnohistoria*—, y su ensayo posible en el caso español.

La progresiva *antropologización* del análisis histórico, finalmente —y para ir concluyendo ya con este asunto—, llega hoy hasta la historia de la ciencia —de *las ciencias* mejor, procurando el plural. Una especialización que, dispuesta a transitar por la *historia social de la política* —y residiendo ocasionalmente en ella—³⁵ muestra también indicios de querer convertirse, acaso sin saberlo, en una especie o subgénero más de la expansiva y, al tiempo, acogedora «nueva» *historia cultural*.

Ello es especialmente perceptible cuando se muestra atenta esa investigación, como se tiende ahora a evidenciar, a circunstancias muy dependientes del *contexto social* y de la incidencia en él de *lo político*, aplicándose tratamientos interdisciplinarios a ingredientes y/o determinantes culturales como son la «raza» y el «género». Son éstas, además, perspectivas que tratan de superar la vieja divisoria existente en historia de la ciencia entre «internalistas» y «externalistas».³⁶ Por último, hay que decir que las interpretaciones de ese tipo no son nuevas del todo, sino que de vez en vez rescatan acercamientos anteriores aislados, no exentos de finura y de profundidad, y los actualizan, en tanto se acomodan al desarrollo —que sigue y continúa— de los estudios sobre la recepción en España de corrientes científicas foráneas (un tema todavía clave y primordial en la historia de la ciencia española, y del que resta aún bastante por saber y escribir).³⁷

³⁵ Muy reciente, Ricardo CAMPOS, José MARTÍNEZ y Rafael HUERTAS, *Los ilegales de la naturaleza: medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración (1876-1923)*, Madrid, CSIC, 2001.

³⁶ Así lo sugería hace un año, aproximadamente, en mi reseña crítica de un conjunto diverso de obras recientes: «¿Hacia una historia cultural de la ciencia española?», *Ayer*, 38, 2000, pp. 263-274.

³⁷ Entre otros textos recientes, F. CARLES, I. MUÑOZ, C. LLOR y P. MARSET, *Psicoanálisis en España (1893-1968)*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2000.

2) Una expandida historia cultural y una historia intelectual ya definida

La literatura, las artes, la música, el periodismo, han sido fuentes básicas, a lo largo del siglo XX, para ir trazando —con fortuna mayor o menor— diferentes historias *nacionales de la cultura* en las que no ha sido nunca ajena ni inoperante (nunca podría serlo) la dimensión *política*. También, en parte al menos, el cine y la fotografía han cubierto otros flancos de esa misma función, de orígenes diversos e intenciones y efectos variables. Y sobre unos y otros objetos de análisis, tan heterogéneos, han ido cayendo en abundancia —a veces casi simultáneamente a su puesta en escena— obras y textos muy variados en su método y objetivos concretos, que o bien tratan de responder al reto de la individualidad, o ya trazan los rasgos de una determinada *elite* y sus círculos de sociabilidad. A pesar de su reconocida variedad, tales estudios no han dejado de ser catalogados, de manera genérica, como obras o intentos de «historia cultural».

Sin desaparecer la tradición interpretativa *clásica*, aspirante más o menos explícita a una pluralidad jerarquizada de obras y de autores,³⁸ de gran practicidad discursiva y social —muy útil para la reproducción del «orden de las cosas» existente—, puede decirse que algo ha cambiado también en este panorama. Y no sólo porque han cambiado, obviamente, los marcos del análisis político, sino también porque, junto con ellos, se han ido produciendo alteraciones de carácter *científico-contextual*.

La incorporación reciente (no siempre ortodoxa ni incuestionable, aunque ello no haga ahora al caso) de conceptos venidos del mundo renovado de la *crítica literaria*, de la *semiótica* o de la *lingüística*, así como también de las ciencias de la comunicación o de la sociología y la antropología —conceptos como los de *percepción* o *representación*, entre los más frecuentes—, ha comenzado a trastocar, y sucesivamente a recolocar, las piezas del mosaico abigarrado que resulta ser hoy la *historia cultural*. Una historia cultural, en consecuencia, mucho más amplia y variada, más compleja y polémica —además de difusa y acaso

³⁸ A pesar de su deliberada eliminación de juicios de valor, podría decirse que, ya sólo por el hecho de procurar el establecimiento de un canon selectivo, se cumpliría esa función en una síntesis como la elaborada recientemente por Juan Pablo FUSI: *La España del siglo XX. La cultura*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

inabarcable— que la que ya podríamos llamar *tradicional* (sin querer con tal atribución más que enmarcarla, y no desmerecerla).³⁹

En ciertas latitudes —pero no es éste siempre el caso en España— es más sensible a los giros últimos (y a su vocabulario) la historia cultural que sigue siendo hecha por los historiadores de la literatura. De manera que, aunque no sea necesariamente familiar o simpática a sus autores la deconstrucción, actualmente ya es casi seguro hallar que se muestren aquéllos afectados de alguna preocupación o cautela *textual*. (Por razones bien obvias, no haré aquí sino estas alusiones tangenciales a la reciente situación, siendo además que apenas hay indicios de que haya llegado hasta nosotros —*historiadores* y además *contemporaneístas*, quiero decir— mucho eco, o un indicio profundo, de tal preocupación.)⁴⁰

II. De otra parte, y al tiempo que se advierte como horizonte extenso esta tendencia a *complicar* extraordinariamente la historia cultural, va institucionalizándose en España la historia *intelectual*, entendida de modo preferente como una *historia de los intelectuales*, la cual va desprendiéndose de la que, hasta hace poco, podía considerarse una doble servidumbre —de los *hispanistas* y de los *historiadores de la literatura*. No se ha llegado, es obvio, a prescindir del todo de la ayuda prestada por ambas categorías de especialistas, en más de una ocasión por su técnica crítica y su insustituible capacidad de entablar empatía con los textos canónicos,⁴¹ pero también, sin duda, porque a ellos se deja una parte importante del análisis mismo de la obra y del pensamiento.

³⁹ Muy buenos acercamientos generales en Lynn HUNT (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley / Los Ángeles, University of California Press, 1989, y Victoria E. BONNELL & Lynn HUNT (eds.), *Beyond the Culture Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley / L.A., U.Ca.Press, 1999.

⁴⁰ A los historiadores nos siguen siendo útiles textos como los de José C. MAINER (*Modernismo* y 98, Barcelona, Crítica, 1994, entre los de esta década) y Francisco CAUDET (*Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1993). Y decisivos, por ejemplo, los de Jordi GRÀCIA, *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1990)*, Barcelona, PPU, 1994, y *Estado y cultura*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996.

⁴¹ El caso mayor es, muy posiblemente, el encarnado por la consideración de la obra escrita de Manuel Azaña. Desde esta perspectiva, es especialmente útil *Azaña et son temps. Colloque international [...] 1990*, Madrid, Casa de Velázquez, 1993.

Con todo, se distingue también la historia cultural/intelectual, no ya sólo de una *historia de las ideas* que despreciaba su contexto social y se vanagloriaba de serle ajena, sino incluso también de historias sectoriales que le han sido muy próximas (y de las que todavía en parte se alimenta), como son la *historia de la educación* (que se despliega en abanico, por su parte, entre el análisis de la alfabetización por un lado, y el de la enseñanza universitaria —y la investigación correspondiente— por otro).

Y, aunque en este otro extremo, el de la educación superior, es fácil que converja de nuevo este tipo de análisis con formas variadas de *historia intelectual* (la producción científica, la creación historiográfica, la obra creativa de pensadores e intelectuales «profesionales» en su diversa originalidad...),⁴² es preciso apuntar como característica que, hecha excepción del Grup d'Estudis de la Universidad de Barcelona —al menos, que yo sepa—, más que aplicarse enfoques sistemáticos de investigación, los autores parecen preferir discutir los tópicos al uso, y reconsiderar los diversos conceptos y sus aplicaciones. Así sucede con el concepto de *generación*⁴³ y, sobre todo, el central y constitutivo de *intelectual*.⁴⁴

⁴² Ejemplo de esta última es, entre otros, Marc BALDÓ: «Regeneracionismo en la Universidad y creación de la sección de Historia, 1900-1923», en *El siglo XX: balance y perspectivas*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000, pp. 19-31.

⁴³ Entre otros ejemplos posibles: Pedro CEREZO, «De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y el 14», *Historia de España Menéndez Pidal-Jover*, tomo XXXIX/1, Madrid, Espasa-Calpe, 1993, pp. 133-315; Santos JULIÁ: «La aparición de 'los intelectuales' en España», *Claves de Razón práctica*, 86, 1998, y «Dos jóvenes cuando el desastre critican a sus mayores», en O. RUIZ-MANJÓN y A. LANGA, (eds.), *Los significados del 98*, Madrid, Universidad Complutense / Biblioteca Nueva, 1999, pp. 485-497. Véanse también José María AYMERICH, «Generaciones e intelectuales en la España de fin de siglo: el caso de la generación de 1914», en R. SÁNCHEZ MANTERO (ed.), *En torno al 98*, vol. II, pp. 133-143, y Juan Francisco FUENTES, «Sujetos colectivos del siglo XX mediterráneo», *Cercles d'Història Cultural*, 3, 2000, pp. 27-42.

⁴⁴ *Traectoria clásica*, en Juan MARICHAL, *El intelectual y la política en España*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1990. Y después, *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, Taurus, 1995. Más recientemente, el número 40 de *Ayer* (2000), «El nacimiento de los intelectuales en España», no añade

Los trabajos, aquí y allá, han ido acumulándose. Junto a una realidad ya mensurable a primera vista (el crecimiento sustantivo en obras y en productos de este campo de estudios), parece conseguida, además, una entidad metodológica suficiente como para decir, sin miedo a equivocarse, que, al final del milenio, estaba ya en España conseguida la suficiente legitimación para un campo específico de *historia cultural* (el de la historia «de los intelectuales profesionales», como proponía Jordi Casassas), definido y concreto. Un género de análisis que parte del individuo para llegar al medio que lo sustenta y le da significado. Y que aspira a entenderlo, desde luego, como actor y sujeto de ideas y de proyectos de cierta «calidad creadora» y originalidad, aunque no sea ése su objeto principal ni agote ahí su objetivo *político*.

Los esfuerzos en pro de la formalización de un cauce propio para la *historia intelectual* encabezados por el catalán Casassas con un equipo amplio de colaboradores, desde hace un par de décadas, son indudablemente la principal realidad institucional tangible de valor académico (en cuanto a obra científica tanto individual como compartida, estímulo de grupos y redes de trabajo, conexión exterior o utilización de estrategias de y mecánicas de comparación...).⁴⁵ Esfuerzos todos ellos que ponen en conexión tres líneas o vectores —*intelectualidad, sociedad y política*—, en orden a lograr un lugar primordial para el estudio de los intelectuales en el marco de una más amplia historia cultural. Sobre esos estudios, y otros menos organizados como investigación sistemática —una parte importante de los cuales nace en Cataluña—, se sustenta sin duda un capítulo decisivo de esa emergente institucionalización de la subdisciplina.⁴⁶

innovación metodológica a la discusión abierta. (Véase allí Carlos SERRANO, «El 'nacimiento de los intelectuales': algunos replanteamientos», pp. 11-23.)

⁴⁵ La revista *Cercles d'Història Cultural* (desde 1998, de periodicidad anual) da cuenta de los resultados del Grup d'Estudis d'Història de la Cultura i dels Intel·lectuals de la Universidad de Barcelona. Véase en el número 3 (2000), el texto de Jordi CASASSAS, «El novecientos mediterráneo. Ensayo de una dinámica histórica plural», pp. 9-26.

⁴⁶ Entre la producción de los años 90, destaca la obra colectiva J. CASASSAS (coord.), *Els intel·lectuals i el poder a Catalunya (1808-1975). Materials per a un assaig d'història cultural del món català contemporani (1808-1975)*, Barcelona, Pòrtic, 1999 (con E. BAYÓN, J. COLL, O. COSTA, A. G. LARIOS, A. GHANIME, A. GUIRAO, S. IZQUIERDO, J. LLORENS, M.

Sólo enumeraré a renglón seguido —pues otra cosa no podría hacerse— otros hilos diversos de las, también, diversas bandas de nuestra *historia intelectual*, sin establecer muchos matices o distinciones y sin que sea posible entrar ahora a una reconstrucción, siquiera sea somera, de cuanto entramado institucional —no estrictamente académico— viene proporcionándole, en las últimas décadas, apoyo y vitalidad.⁴⁷

Una de las notas distintivas más celebradas de una floración que ha sido a veces «espontánea» y otras «controlada», a mi modo de ver, reside en la aparición en la década que aquí se revisa de la que, después de recopilaciones y reelaboraciones sucesivas, vendría a ser la obra última de Vicente Cacho. Una parte importante de esos textos que vieron la luz de forma muy seguida y continuada, como bien se sabe, habían sido dados a conocer años atrás. Pero lo que caracteriza al conjunto es su intento de presentación organizada, a modo de una inconclusa historia de *los intelectuales españoles en el periodo intersecular*.

Como es conocido, se trata de un proyecto que Cacho pergeñó lentamente en torno al concepto de «moral colectiva» (su forma de tender puentes conceptuales entre *lo general* y *lo particular*) y que, a su vez, respondía al esquema de clasificación tripartito de «nacionalismo», «moral de la ciencia» y «socialismo». El total de los ensayos ofrecidos, poco antes y algo después de su desaparición, tiene por sí solo entidad suficiente para ser evocado como una obra *de autor* fundamental, de gran coherencia y de sencilla finura.⁴⁸

PÉREZ, J. PICH, X. PUJADAS y C. SANTACANA). En colaboración con otros equipos, véase Sebastià SERRA (coord.), *Cultura i compromís polític a la Mallorca contemporània. Els intel·lectuals a l'àmbit cultural català*, Palma de Mallorca, Fundació Emili Darder, 1995.

⁴⁷ Dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas —y por lo tanto desde hace poco del Ministerio de Ciencia y Tecnología y, antes, del de Educación y Cultura—, la Residencia de Estudiantes, en Madrid, procura hacer explícita la construcción canónica de una *historia de la cultura nacional-estatal* sobre la base de elementos clásicos (literatura, arte, ensayo, música, cine, etc.) y, a la vez, la constante apertura a autores y a corrientes de pensamiento europeos «*de actualidad*».

⁴⁸ Además de los libros citados más abajo, a finales de la década de los 90 aparecieron *Revisión de Eugenio d'Ors (1902-1930). Seguida de un epistolario inédito*, Barcelona, Quaderns Crema, 1997 y *El nacionalismo catalán como factor*

Uno de los protagonistas principales de la abundante producción editorial de Cacho desde el 97 —el año en el que murió— hasta el año pasado, José Ortega y Gasset, largamente mimado en su aspecto biográfico, aparece a la luz de la que habría de ser su publicación ulterior⁴⁹ —y a pesar del carácter fragmentario de los estudios que la componen— con un perfil redibujado y ágil, capaz de competir airosamente con otros textos sobre Ortega, de distinta autoría, que han ido apareciendo a vivo ritmo en la última década.

Podrán éstos tener mayor envidia filosófica, pero no revisten, por lo general, mayor envergadura ni certeza analítica, al menos a mi juicio. Por otra parte, vienen a demostrar que emerge actualmente —en detrimento acaso de otras *vedettes* del pensamiento contemporáneo, como Unamuno, desatendido hoy de modo relativo—,⁵⁰ una atención preferente de nuestra *intelligentsia* hacia el más exportable filósofo español.⁵¹ (Acaso el pensador que mejor se incardina también, medida y justamente, en las actuales perspectivas de nuestra historia *cultural* fautora de *presente*. Pues no es exagerado decir que *todo* Ortega, a buen seguro, es él mismo un esfuerzo por diseñar una filosofía *práctica* de la cultura: en su caso *española* y, por descontado, *española en la modernidad*.)

de modernización, Barcelona, Quaderns Crema / Residencia de Estudiantes, 1998, con prólogo de Albert Manent.

⁴⁹ *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*. Introducción y edición al cuidado de Octavio RUIZ-MANJÓN, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

⁵⁰ Pedro CEREZO, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Madrid, Trotta, 1996.

⁵¹ Merecen retenerse el enfoque de P. CEREZO, *La voluntad de aventura*, Barcelona, Ariel, 1984, y los textos de Antonio RODRÍGUEZ HUÉSCAR editados por José LASAGA y Eva R. HALFTER (*Semblanza de Ortega*, Barcelona, Anthropos, 1994). Y hay que saludar, entre lo aparecido en los últimos años, el esfuerzo por la edición en curso de sus *Obras completas* desde la Fundación Ortega y Gasset, que ha editado asimismo un *Índice de autores y conceptos de la obra de José Ortega y Gasset*, a cargo de Domingo Hernández Sánchez. También quiero citar la aparición de la *Revista de Estudios Orteguianos* (núm. 1, 2000) y la edición de significativos textos como los contenidos en el número 228 de la *Revista de Occidente*, Madrid, 2000. Por su indudable interés, también Jaime DE SALAS: «Ortega y el ideal de una filosofía académica», en J. DE SALAS y D. BRIESEMEISTER (eds.), *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*, Madrid / Fráncfort del Main, Iberoamericana / Vervuert, 2000, pp. 183-204.

Aunque no es ésta la única tarea acometida —el retorno a Ortega, su obra y pensamiento—, bien es verdad. Arrancando de los muchos estudios aparecidos en las tres décadas anteriores sobre el krausismo en España, sobre las corrientes filosóficas que lo rodearon o estorbaron, y sobre la propia historia de la Institución Libre de Enseñanza, no han dejado de cultivarse tampoco, a lo largo de los últimos años, estos temas y objetos, bien sea por especialistas en *historia de la filosofía e historia de la educación* (la mayoría de los cuales elige, sin embargo, perspectivas de historia del pensamiento), o por *historiadores*, sin más.⁵²

Dependiendo de esa especialización variarán, lógicamente, tanto los métodos empleados como la propia elección de los objetos que hay que tratar. Un interés creciente por la reconstrucción de las relaciones personales y de los círculos de sociabilidad entre los miembros más significados de esa *elite* se percibe con fuerza en algunos autores: por ejemplo, en el tratamiento que O. Ruiz-Manjón ha ido dispensando hasta aquí a Fernando de los Ríos.⁵³

Hay, con todo, otras cosas que citar. Reforzando las conexiones entre el estudio de la denominada *edad de plata*, la literatura republicana y el exilio —tanto político como cultural—, la represión franquista y el doble parámetro conceptual que abarca la *memoria* y su inseparable compañero, el *olvido*, ha continuado por otra parte, sin interrupción, la producción historiográfica anterior (que se mostraba, al menos desde los 70, fértil y relevante). Y si bien las efemérides no han contribuido quizá tanto como en la década de los 80 a

⁵² Enrique MARTÍNEZ UREÑA y Pedro ÁLVAREZ LÁZARO (eds.), *La actualidad del krausismo en su contexto europeo*, Madrid, Parteluz, 1999; Gonzalo CAPELLÁN, «Krausismo y neotomismo en la cultura de fin de siglo», en M. SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura española de la Restauración*, Santander, Universidad de Santander, 1999, pp. 417-450. El *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vuelto a editar por la Fundación Giner de los Ríos y la ILE desde 1987 y dirigido por Marichal, da cuenta continuada de muchos de esos nuevos estudios, y en general constituye una plataforma variada de «historia intelectual».

⁵³ «Los primeros años granadinos de Fernando de los Ríos», en *Fernando de los Ríos, intelectual y político*, Granada, Diputación/Universidad, 1997; «De las tribulaciones de un intelectual en la Alpujarra», *Homenaje a J. L. Comellas*, Sevilla, 2000, pp. 225-236; «Don Francisco, don Manuel Bartolomé y don Fernando. Las circunstancias de un epistolario», *BILE*, 37-38, 2000, pp. 83-115.

facilitar los encuentros de especialistas y las ediciones de textos, sí es cierto y comprobable que se sostiene firme y bien trabada la necesaria conexión interdisciplinaria, mostrando que este tipo de exploración ocupa y favorece, a un tiempo, un espacio de discusión dinámico y suficientemente consolidado —que, esta vez, no deja fuera al resto del hispanismo en general, y especialmente cuenta con el norteamericano.⁵⁴

Y en fin, hay que alegrarse de que se haya despejado considerablemente el panorama para la *biografía*, y en especial (aunque acaso en menor grado que para la biografía estrictamente política), para la *biografía intelectual*.⁵⁵ Converge en este plano una dinámica combinación de tres tendencias o elementos, que merece la pena señalar. En primer lugar, está el despegue de esa misma biografía *intelectual*, cada vez menos encorsetada por impedimentos, ya fuesen de tipo público o privado, que antes la sojuzgaban. En segundo lugar, el interés creciente —aunque aún minoritario— por la *historia de la historiografía*, por conocer mejor aquello que los historiadores *consiguen* con su obra escrita y su práctica viva. Y rodeando el conjunto, un tercer coadyuvante: la importante ponderación de la contribución de esos mismos historiadores a la idea de nación y al descubrimiento colectivo de la *identidad nacional*. Las tres preocupaciones significan, por ejemplo, aunque en distinto modo y proporciones, a textos como el de Ghanime sobre Cortada, Muñoz i Lloret sobre Vicens, Vilanova sobre d'Abadal, o Pujol a propósito de Soldevila.⁵⁶

⁵⁴ Entre las aportaciones más recientes de los hispanistas (en este caso, del hispanismo canadiense), véase Victor OUMETTE, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-Textos, 1998, 2 vols. Del francés Paul AUBERT, finalmente, su *tesis de estado* (Burdeos, 1996): *Les intellectuels espagnols et la politique (1898-1936)*.

⁵⁵ Con frecuencia, domina la política los perfiles trazados en efecto, lo cual resulta ser acaso inevitable. A veces, tales perfiles avanzan revisiones del significado de una época también, en función de su relectura de una figura concreta: por ejemplo, Javier FORNIELES, *Trayectoria de un intelectual de la Restauración: José Echegaray*, Almería, Caja de Ahorros, 1989.

⁵⁶ Albert GHANIME, *Joan Cortada: Catalunya i els catalans al segle XIX*, Barcelona, Abadía de Monserrat, 1995; Josep M. MUÑOZ i LLORET, *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997; Francesc VILANOVA, *Ramon*

Pero hay que advertir que esa atención a *lo particular* en su *contexto*, sensible en la historiografía catalana, podría estar aún lejos de la historiografía española en general.⁵⁷ Sin querer ignorar que la conexión entre la obra de los historiadores y la praxis política, en la Cataluña contemporánea, resulta ser *históricamente* muy especial, dando lugar a intentos interpretativos diferentes,⁵⁸ con sus correspondientes discusiones de alcance práctico, impensables acaso en la mayoría de nuestras comunidades, creo que ese descuido relativo (puesto que no es, tampoco en éstas, absoluto) es significativo del distinto carácter del papel de los respectivos intelectuales, historiadores incluidos, naturalmente, en la controvertida trayectoria del nacionalismo español.⁵⁹

III. Yendo ahora a señalar lo que cabría esperar de nuestra *historia cultural* en un horizonte próximo —y que, a tenor de lo expuesto, podría comenzar a cuajar—, creo que convendría pensar en la necesidad de emprender una reflexión más amplia y generalizada, más comprometedora si

d'Abadal: entre la història i la política (1888-1970), Lleida, Pagès, 1996; Enric PUJOL, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografia contemporània*, Catarroja/Barcelona, Afers, 1995. Por lo demás, remito a Jaume SOBREQUÉS, *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, 1990.

⁵⁷ Para los historiadores *conformadores de nacionalismo* español no parece haber aún nada susceptible de comparación: los escritos recopilados en José María JOVER, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, fueron escritos además antes de las fechas que nos incumben; la obra de I. PEIRÓ que se cita más abajo, o los apuntes de Javier VARELA sobre el Centro de Estudios Históricos: «La tradición y el paisaje», en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.), *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 237-274.

⁵⁸ Por ejemplo, y en la década que nos importa, además de los libros de MARFANY y FRADERA que cito en n. 67, véase de este último *Jaume Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo, 1996.

⁵⁹ Está en preparación una reedición de textos *clásicos* de una nómina de historiadores españoles que dirige Ignacio PEIRÓ. De este autor, puede verse *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995. También, desde la literatura, José Carlos MAINER, «La invención de la literatura española», en J. M. ENGUITA y J. C. MAINER, *Literaturas regionales en España*, Zaragoza, 1994.

se quiere, sobre el estatus *normativo* (no me atrevo siquiera a decir que «epistemológico») de todo aquello que llamamos *historia cultural*.⁶⁰

Hay ciertos signos, aunque sean incipientes, de que podría avanzarse en esa discusión, por muy difícil que sea o que parezca.⁶¹ Y, desde luego, hay evidencias de que puede tomarse en serio la participación de determinados autores españoles en las tareas de crítica historiográfica —con-siderada ésta a escala amplia y por encima de las aplicaciones empíricas de carácter local o general.⁶² Ello se ha acompañado, felizmente, de un comienzo de divulgación entre nosotros de algunos de los autores de este campo *novísimo* que son más conocidos internacionalmente, los cuales suelen ser ahora, mayoritariamente, escritores en inglés. De manera que es desde el contexto intelectual que les es propio (o cuyo referente se procura por encima de todo), desde donde impulsan y propician las últimas polémicas disciplinarias y, por qué no decirlo, se otorga carta de naturaleza a las actuales *modas y corrientes*, ésas que tantos quebraderos de cabeza nos dan.⁶³

En otro orden de cosas —y aunque esta operación no siempre diera acaso resultados tan claros, tan estabilizados como los referidos a la realidad cultural catalana—,⁶⁴ quizá podrían intentarse en otros ámbitos del país (y no sólo de manera anecdótica y enunciativa o apresuradamente conmemorativa)

⁶⁰ En *History and Theory*, una de las revistas más importantes para esta discusión, hay durante la década de los 90 textos de españoles como J. C. Bermejo e Ignacio Olábarrí.

⁶¹ Por ejemplo, Julio ARÓSTEGUI, «Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e historia en tiempos de crisis», en *Cultura y culturas en la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995, pp. 205-234.

⁶² Una muestra de ello en Justo SERNA y Anacleto PONS, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Valencia, Frónesis, 2000.

⁶³ Ignacio OLÁBARRI y Francisco J. CASPISTEGUI (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996 (la recopilación que contiene los textos más interesantes, si bien hay igualmente alguno de valor en J. ANDRÉS GALLEGU, *New History / Nouvelle Histoire...* cit. en n. 3). A veces aparecen, junto con una buena información bibliográfica, también en la revista *Memoria y Civilización*, anuario de Historia de la Universidad de Navarra (número 3 en 2000).

⁶⁴ Entre otras posibilidades, Pere GABRIEL (dir.), *Història de la cultura catalana*, Barcelona, Edicions 62, 1994 ss.

historias *generales* de la cultura nacional/regional. Quizá fuera el momento de procurar, de igual modo, la incorporación de esos balances particularizados —más abiertos a las nuevas corrientes historiográficas que la mayoría de los disponibles— a las historias de tipo general,⁶⁵ obligándose de esta manera los autores a realizar un esfuerzo de imaginación mayor cuando se trata de abordar el capítulo «Cultura», en manuales y síntesis de cobertura nacional-estatal.

Habría además otra serie de asuntos en los que reparar todavía, si es que no hemos de hacer aquí un balance del todo complaciente. Por ejemplo, en la falta relativa de interés por el estudio de la *cultura política*, como ha señalado ya Beramendi hace algún tiempo.⁶⁶ *Relativa*, subrayo, con tal de matizar el anterior aserto, trayendo a colación aunque sea brevemente que, desde luego, existen intentos de acercamiento no exentos de interés, la mayor parte de los cuales, sin embargo, unen sin suficiente distinción *ideología* y *cultura* (o más recientemente, «identidad colectiva»), sin esforzar la precisión teórica y conceptual, ni conseguir trazar los respectivos límites.⁶⁷

Hay en efecto, formando parte de este capítulo, con fundamento empírico notable y un aire en ocasiones novedoso, reconstrucciones historiográficas que afectan al republicanismo como una forma especial de una conciencia *cívica*, la más consciente del papel asumido. Son estudios de objeto «inexcusable», es decir, del todo inseparables de la importancia que los mismos republicanos solían conceder a la educación y a la cultura, *lato sensu*. Y son exploraciones —fragmentarias, pero nada dispersas— sobre la cultura política del republicanismo español que, en definitiva, han sido emprendidas al hilo de la reconstrucción de las diversas actuaciones políticas de sus prohombres, grupos y corrientes, un objeto recuperado por la historiografía

⁶⁵ Destacan, sin embargo, esfuerzos como el propiciado por Agustín GARCÍA SIMÓN (ed.), *Historia de una cultura*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1995, 3 vols.

⁶⁶ Justo G. BERAMENDI, «La cultura política como objeto historiográfico. Algunas cuestiones de método», en *Culturas y civilizaciones. III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1998, pp. 73-94.

⁶⁷ Josep M. FRADERA, *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya, 1838-1868*, Barcelona, Curial, 1992; Joan-Lluís MARFANY, *La cultura del catalanisme*, Barcelona, Empúries, 1995; J. J. DÍAZ FREIRE, *La República y el porvenir. Culturas políticas en Vizcaya durante la Segunda República*, San Sebastián, Kriselu, 1993.

española en su conjunto, también como muestra adecuada de una impecable *historia local*.⁶⁸ (En algún caso, incluso, vendría a insertarse en una recuperación del papel *político* de las mujeres, como hace M. D. Ramos en su reciente avance sobre Belén Sárraga, republicana federal.)⁶⁹

Pero hay que recordar que, antes de todo ello —o todo lo más de modo simultáneo—, la «cultura política» había aparecido en nuestra historiografía también como un eje de indagación *sociocultural* abordado, previamente, en lo que se refiere a la *cultura obrera*, tanto en sus formas de organización socialista como anarquista, ésta en especial. Y que lo había hecho ya bajo la forma de aproximaciones que unas veces debían su entidad al análisis de clases, y otras —sobre todo a partir del giro en este tipo de estudios en los años 80— se acercaban, unas veces curiosas y otras seducidas, a la antropología social o cultural.⁷⁰

⁶⁸ P. B. RADCLIFF, *From Mobilization to Civil War. The Politics of Polarization in the Spanish City of Gijón, 1900-1937*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. Una puesta al día en Angel DUARTE y Pere GABRIEL, «¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?», *Ayer*, 39, 2000, pp. 11-34. (Interesa ver completo además, en ese número, el dossier dedicado al *Republicanism español*.) Presta atención reciente al mismo objeto Manuel SUÁREZ CORTINA, *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. De DUARTE, véanse asimismo *Possibilistes i federals. Política i cultura republicanes a Reus, 1874-1899*, Reus, AER, 1992, y «Republicanos y nacionalismo. El impacto del catalanismo en la cultura política republicana», *Historia Contemporánea*, 10, 1993, pp. 157-177.

⁶⁹ «Belén Sárraga o la República como emblema de la fraternidad universal», en *El siglo XX: balance y perspectivas*, Valencia, 2000, pp. 219-227.

⁷⁰ Derivados del interés extenso por la historia social, pero apuntando a la dimensión política directamente: Antonio ELORZA, «La cultura de la revuelta en el siglo XIX español», en Jacques MAURICE y otros (eds.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine. Cultures populaires, cultures ouvrières de 1840 à 1936*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, pp. 127-140; Ángeles BARRIO, «Cultura del trabajo y organización obrera en Gijón en el cambio de siglo», *Historia Contemporánea*, 5, 1991, pp. 27-51; Manuel PÉREZ LEDESMA, «La cultura socialista en los años veinte», en *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 149-198; o Ángeles GONZÁLEZ, «Los trabajadores y la política en Sevilla. Una aproximación a la cultura política obrera

Estos trabajos han seguido en la década pasada, y algunos han venido a sumárseles más recientemente. Pero, a diferencia de lo que ocurría hace unos años, aparece cada vez menos asimilada la aplicación del término «cultura obrera» a *cultura popular*, y mucho menos llega a identificarse un término con otro, como antes podía ocurrir.⁷¹ Por el contrario, se especifica y se matiza el campo de intervención, siguiendo instrucciones de la sociología (a veces, pero no siempre, *sociología histórica*) y sus especializadas subdivisiones.⁷² E incluso a veces se relaciona el término, de modo particular, con la reconsideración de los *nacionalismos* que se halla hoy en curso y con las últimas aportaciones de los historiadores en torno al hecho de dilucidar sus bases sociales. Vista en su conjunto, por lo tanto, se trata de una apuesta indiscutible por la *complejidad*.⁷³

Pero, en general, hay que reconocer que es éste todavía un campo descuidado en cuanto a la introducción de otro tipo de enfoques: por un lado, los más fuertemente teóricos; por otro, los más cercanos a las *prácticas reales*

en la Restauración», en *En torno al 98... cit.*, vol. I, pp. 513-527. Sobre la cultura anarquista, un campo de exploración de dimensiones propias, Temma KAPLAN, *Red City, Blue Period. Social Movements in Picasso's Barcelona*, Berkeley, Ca. University Press, 1992. Revisión reciente y perspectivas de esta proyección *sociocultural*, en Ángeles BARRIO, «Historia obrera en los noventa. Tradición y modernidad», *Historia Social*, 37, 2000, pp. 143-160, y precisiones conceptuales en su «Cultura obrera en la Restauración», en M. SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura...* cit., pp. 145-168).

⁷¹ Un modo de relación sugerente entre ambas es el de Pere GABRIEL: «Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920», en *Las ciudades en la modernización de España*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 61-94, y una visión reestructurante del conjunto en Manuel PÉREZ LEDESMA, «La formación de la clase obrera. Una creación cultural», en R. CRUZ y M. PÉREZ LEDESMA (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997.

⁷² Una parte de esas enseñanzas quedan contenidas en algunos textos recogidos en Javier PANIAGUA, José A. PIQUERAS y Vicent SANZ (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Instituto de Historia Social, 1999.

⁷³ Por ejemplo, Angel DUARTE, «Una oportunitat per a un debat estimulants», *L'Avenç*, enero 1996, a propósito de la obra de J.-Ll. Marfany y su interpretación del catalanismo como cultura política (en opinión de este último, sustitutoria del republicanismo).

de los colectivos, y que no sólo llegan a conclusiones dependientes de sus declaraciones de principios. (Serían en principio, aquellos otros, enfoques encaminados a poner el acento en los más escondidos mecanismos, en los resortes últimos de la *dominación*, tanto como en los hilos de la *interrelación* que une a sus sujetos, activos o pasivos.)

Podría darse el caso de que una profundización mayor en ese extenso campo de la cultura *política* efectivamente practicada —por los partidos o por sus círculos próximos—, un mejor conocimiento de sus *representaciones* y *proyecciones*, también, impidiera a algún historiador (acaso prisionero de las palabras mismas) continuar confundiendo los extremos al hablar por ejemplo de *liberalismo* y *democracia* en nuestra historia contemporánea. (Y acaso volvería prescindibles, envejecidas pronto, algunas de las páginas recientes sobre valores y «significados» de la Restauración).

Señalando de pasada otras carencias, traeré también aquí a colación que con frecuencia se echan en falta estudios, siquiera fuesen de primera hora, sobre el grado de *cultura científica* de los españoles. Un objeto sin duda descuidado por lo que, dejando ver el lastre de la más autocrítica tradición cultural, se estima acaso su entidad menor.⁷⁴ Es cierto, sin embargo, que el componente científico de la cultura española, *grosso modo* abordada, es todavía hoy muy reducido. Y es muy posible que esa realidad, evidente y apenas cuestionada, incida todavía decisivamente en la elusión de un objeto de estudio quizá poco grato y difícil como aquél.

Y se percibe déficit, asimismo —ya para concluir—, en aquello que quizá en su día hubiera podido ser (y ya no será nunca a mi modo de ver, al haberse desdibujado el patrón historiográfico original) una *historia de las mentalidades*⁷⁵

⁷⁴ En parte tiene esa intención José M. SÁNCHEZ RON en *Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 1999, aunque tomando insuficientes cautelas de tipo contextual. Interesa J. Patricio SÁIZ GONZÁLEZ, «Invención, patentes y tecnología en la España de la Restauración», en M. SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura...* cit., pp. 329-348.

⁷⁵ Bajo el rótulo general de *Historia Social y Mentalidades*, el número 5 de *Historia Contemporánea* (1991) contiene artículos en su mayoría no obedientes a la metodología específica. Se aproxima, en cambio, Antonio ELORZA: «Con la marcha de Cádiz. Imágenes españolas de la guerra de independencia cubana, 1895-1898», *Estudios de Historia Social*, 44-47, 1988, pp. 327-386.

(que no «de la cultura», propiamente) aplicada al estudio de la España contemporánea.⁷⁶ Para no dar lugar a equívocos, en este orden de cosas, aclararé que entiendo que sólo a las muy estrictas aproximaciones «a la francesa» —en una práctica historiográfica mimética respecto a los modelos de «Annales», sea cual sea su origen local— vale aplicar el rótulo preciso de *mentalidades* hablando en propiedad. (Y textos de ese tipo, cercanos a esa escuela, no han sido producidos, prácticamente, en el contemporaneísmo español).⁷⁷

Aunque podemos establecer sin duda algún matiz, alguna observación respecto a lo que acabo de afirmar. Puede objetárseme que esa *no-realizada* operación historiográfica a la que me refería queda sustituida, al menos parcialmente, por el doble vector de la historia *de la vida cotidiana* y la historia *de la sociabilidad*, cuyas formas y realizaciones concretas entre nosotros ya cité más arriba. E incluso, siendo menos estrictos, podríamos decir que tal especie de *aproximación sociocultural* podría combinarse en nuestro caso, todavía, con otras formas de abordar la influencia de las instituciones (la Iglesia católica muy especialmente) en la vida social, con distintas maneras de valorar *históricamente* su indiscutible peso en el pensamiento de los individuos y en las prácticas ideológicas y culturales que constituyen, vistas en su conjunto, el consabido rito social.⁷⁸

⁷⁶ Forzándolos un tanto, con todo, pueden interpretarse así textos como el de Juan Carlos LOSADA, *Ideología del Ejército franquista, 1939-1959*, Madrid, Istmo, 1990. Apenas se ha seguido la ruta propuesta por José María JOVER en «Conciencia obrera y conciencia burguesa», en 1951. (El texto, leído como conferencia en el Ateneo Madrileño, fue editado en 1952. Reiteradamente citado, ha sido reeditado en 2000 por P. SÁNCHEZ DE LEÓN y J. IZQUIERDO (comps.), *Clásicos de historia social de España. Una selección crítica*, Valencia, Fundación Instituto Historia Social, pp. 219-257.)

⁷⁷ Influencias francesas literarias —extensamente «culturales», en un sentido más tradicional— no han dejado de percibirse entre tanto: Francisco LAFARGA, *Bibliografía anotada de estudios sobre recepción de la cultura francesa en España (siglos XVI-XX)*, Barcelona, PPU, 1998.

⁷⁸ Julio DE LA CUEVA, *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria, 1874-1923*, Santander, Universidad de Santander, 1994; Emilio LA PARRA y Manuel SUÁREZ CORTINA, (eds.), *El anticlericalismo en la historia de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999; *El anticlericalismo (Ayer, 27)*, 1997.

Muy desde arriba, en perspectiva amplia, podría considerarse también acomodable al mismo género el ejercicio histórico *sociocultural*, de metodología difusa y mixtilínea, que es invocado por José María Jover como una particular manera de acercarse, con fuentes literario-narrativas, a una *historia de la civilización*.⁷⁹ Jover, que ha vuelto a hacer circular desde hace unos cuantos años su uso del término «civilización» —ya ensayado por él mismo antes, y que es parte sustantiva de su propia trayectoria intelectual—, lo aplica genéricamente a España, y establece en sus capas populares y medias el referente esencial.

Para finalizar, recordaré que, si bien el de *civilización* sigue siendo un concepto de uso restringido, seguramente por desconfianza hacia empleos anteriores —de resonancia incómoda—,⁸⁰ el que sí es empleado, en cambio —y cada vez más—, por los historiadores españoles (aunque no siempre se traslade con fidelidad), es el término complejo de *imaginario* (el *imaginaire* francés, concebido como una historia de las *representaciones sensibles* y de la percepción simbólica de los lenguajes que las informan).⁸¹ Ahora bien, no siempre se domina todavía —hay que insistir en ello— la conceptualización sofisticada que, procedente de la antropología cultural y de la semiótica, y reacuñada en sus premisas teóricas (a su vez de procedencia variada), le sirve y acompaña.⁸²

⁷⁹ Sustituyendo el concepto de «cultura» por el de «civilización» (más del agrado de Jover, que lo emplea más cerca de Altamira que de Elias, aunque pasando por los *Annales*), hay un intento reciente de divulgación de este complejo término, como sinónimo de *formas de vida y relación social*, en J. M. JOVER, G. GÓMEZ-FERRER y J. P. FUSI, *España: Sociedad, Política y Civilización (siglos XIX-XX)*, Madrid, Areté, 2001. De JOVER, en los años 90, véase también «Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo», en J. P. FUSI y A. NIÑO (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 15-46.

⁸⁰ Una reconstrucción historiográfico-filosófica de los usos y aplicaciones del concepto, en Juan Ramón GOBERNA, *Civilización. Historia de una idea*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1999.

⁸¹ Incluso a la historia de las universidades aplicado, véase por ejemplo Jean-Louis GUEREÑA y Eve-Marie FELL (eds.), *L'Université en Espagne et en Amérique Latine du Moyen âge à nos jours. II. Enjeux, contenus, images*, Tours, Université de Tours, 1998.

⁸² Carlos SERRANO y Consuelo NARANJO (eds.), *Imágenes e imaginarios nacionales*

3) La historia de la cultura y la nación

La relación del análisis cultural, en su apreciación conjunta, con la historia de los nacionalismos en España, y especialmente, de *otros* nacionalismos que *no son* el español (pero que, obviamente, se desarrollan en tensión con aquél) es, como bien se sabe, muy poderosa. Desde una perspectiva particularista (el análisis de la obra conservada de pensadores *sobre el* nacionalismo y la nación)⁸³ o, sensiblemente más amplia, la que se refiere a la historia cultural de los diversos *movimientos* nacionalistas,⁸⁴ son ya muchos los estudios que han ido presentando como una e indisoluble una parte sustantiva de la existente *historia política* y otra parte, no menos decisiva, de la realizada a su vez bajo el marchamo de *historia cultural*.⁸⁵

en el Ultramar español, Madrid, CSIC, 1999. (De SERRANO, «Vara de Rey y los héroes del Caney: un mito de doble cara», pp. 89-101). La observación afecta a todo tipo de recopilaciones: así, *Imaginaires et symboliques dans l'Espagne du franquisme* (estudios reunidos en el *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 24, diciembre 1996).

⁸³ Con carácter muy acusado, en la historiografía vasca tradicional. Véase la reflexión de Manuel MONTERO, «La invención del pasado en la tradición historiográfica vasca», *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 283-296, con la opinión discrepante de Joseba AGIRREAZKUÉNAGA, en el mismo lugar, pp. 257-282. Con todo género de documentación pertinente, véase José Luis DE LA GRANJA, «La invención de la historia. Nación, mitos e historia en el pensamiento del fundador del nacionalismo vasco», en Justo G. BERAMENDI, Ramón MÁIZ y Xosé M. SEIXAS (eds.), *Nationalism in Europe. Past and Present*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1994, tomo II, pp. 97-139.

⁸⁴ Por ejemplo, Pere ANGUERA, «Els orígens del catalanisme. Notes per a una reflexió», en *III Jornades de debat. Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*. Reus, Centre de Lectura de Reus, 1994, pp. 11-17, y *El català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Barcelona, Empúries, 1997; Borja DE RIQUER, «Modernitat i pluralitat, dos elements bàsics per a entendre i analitzar el catalanisme», en *El catalanisme conservador*, Girona, Quaderns del Cercle, 12, 1996, pp. 7-23.

⁸⁵ Como un «esquema provisional y tentativo» para la relectura presenta J. M. FRADERA su artículo «El huso y la gaita. Un esquema sobre cultura y proyectos intelectuales en la Cataluña del siglo XIX», *Ayer*, 40, 2000, pp. 25-49, cita en 25.

Pero también conviene mencionar aquellos otros estudios, de última hora, que han relanzado la cuestión de las políticas lingüísticas y su incidencia sociocultural, enfocándola como una renovada exploración de las fuentes literarias, leídas de otro modo.⁸⁶

Una consecuencia indeseada, acaso intempestiva, pudiera ser la de la aparición de un cierto aire *neohistoricista* en la recreación del pasado. Consecuencia combinada además, en el caso del nacionalismo español, con una renovada tendencia al reforzamiento de los tópicos.⁸⁷ En los casos extremos, incluso vendría aparejada de una suerte de intento esencialista, de una apuesta de fuerza desigual, sin disimulo alguno, a favor del rearme y de la vertebración *españolistas* de nuestra historia intelectual más lineal y común.⁸⁸

Un capítulo aparte, por lo tanto, de nuestra historia cultural e intelectual, rico en sí mismo, plural y variado, es el que afecta a la exploración cultural de la *identidad nacional*. Capítulo que recoge en su seno tanto los estudios que aparecen articulados por el vector más clásico (el sólido triplete *historia-política-cultura*) como aquellos otros que en cambio rige el más sociológico —también de triple base— que conecta de modo íntimo *historia, memoria e identidad*. Vamos por tanto a referirnos brevemente a este último, ya que no lo hemos hecho todavía hasta aquí.⁸⁹

⁸⁶ Esencialmente Pere ANGUERA, *El català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Barcelona, Empúries, 1995; *Literatura, patria i societat. Els intel·lectuals i la nació*, Vic, Eumo editorial, 1999. (Sobre Bofarull, Pin i Soler, Oller, Guimerà y Aladern.)

⁸⁷ Por ejemplo, la reedición de textos clásicos de autores del 98 emprendida por Biblioteca Nueva (Madrid, 1996 ss.), tan pulcra y bien cuidada, contiene sólo autores de clara contribución al nacionalismo español (Ganivet, Unamuno, Azorín, Macías Picavea, Morote, Maeztu). Hay que citar, como esfuerzo que le antecede, la edición de biografías de la Junta de Castilla y León. De ellas destaco, a este efecto: Fernando HERMIDA, *Ricardo Macías Picavea a través de su obra*, Valladolid, 1998.

⁸⁸ José María MARCO, *La libertad traicionada. Siete ensayos españoles*, Barcelona, Planeta, 1997. Mucho más elegante y sugestiva es la lectura, altamente parcial y partidaria, que hace Javier VARELA, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999.

⁸⁹ Dos abiertas opiniones sobre este asunto complejo en Agustí COLOMINES, «Simbología y ceremonial en la cultura de los nacionalismos», en F. Javier GARCÍA

La introducción, en este mismo campo de lo político-cultural, del concepto difuso de *memoria* que ha propulsado en Francia el historiador Pierre Nora seguido de una pléyade de colaboradores, con el objeto de otorgar forma a la reconstrucción de «lugares» y «espacios» de la memoria histórica y social, resulta ser uno de los procesos más rentables en la historiografía de los últimos años, al menos en apariencia. Podrían citarse, entre nosotros, esfuerzos de adaptación concretos como el de la salmantina Josefina Cuesta, pionera en su uso e importación para la guerra civil española,⁹⁰ o el francés Stéphane Michonneau, para la ciudad de Barcelona.⁹¹ Unos y otros exigen arraigar las prácticas políticas en un suficiente conocimiento técnico (arquitectura, escultura, pintura de historia, etc.)⁹² y en su fundamentación iconográfica y simbólica.

Son usos, además, que basculan de manera alternante entre coordenadas de historia social, por una parte, y de historia política, por otra. El concepto —compuesto— de *políticas de la memoria* («memoria» se sobreentiende *colectiva, social*, a la manera del sociólogo durkheimiano Maurice Halbwachs), vendría a resumir esa doble tensión. Tensión, hay que aclararlo, que mostraría la fuerza coercitiva y organizadora de un sistema concreto, y que el historiador puede *leer e interpretar* a base de seguir el hilo de sus manifestaciones *significativas* y constatar el grado de eficiencia de esos significados específicos, su fuerza ahormadora en orden a la resolución de los conflictos de las comunidades en cuestión.

Dado el auge reciente de la historia de los nacionalismos en España (especialmente de los nacionalismos llamados *periféricos*),⁹³ por último, nada

CASTAÑO (ed.), *Fiesta, tradición y cambio*, Granada, Proyecto Sur de Ediciones, 2000, pp. 49-72. Y allí mismo, mi artículo «Fiesta y 'memoria': entre historia política e historia cultural», pp. 35-48.

⁹⁰ Interesa su edición del número 32 de *Ayer* (1998): «Memoria e Historia».

⁹¹ «Le monument à la Victoire: un cas exemplaire de la politique de mémoire franquiste à Barcelone», *Bulletin d'Histoire Contemporaine...*, 24, 1996, pp. 189-203, o «Políticas de memoria en Barcelona al final del siglo XIX», *Ayer*, 35, 1999, pp. 101-120.

⁹² Por ejemplo, Carlos REYERO: *La pintura de historia en el siglo XIX en España*, Madrid, Cátedra, 19, y *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Madrid, Cátedra, 1999.

⁹³ Borja DE RIQUER, «El surgimiento de las nuevas identidades catalana y vasca en el siglo

puede extrañar que sea éste un ámbito o subapartado especialmente interesante y valioso de nuestra historiografía cultural, del cual puedan surgir constantemente títulos e ideas de interés y relieve. Un ámbito, en general, tan importante y digno de apreciación que quizá no sea lícito llegar a presentarlo aquí con unas pocas líneas, como yo voy a hacer. Trataré, sin embargo —con conciencia asumida del riesgo que ello entraña—, de acercarme tan sólo a esta cuestión pendiente.

Sorprende en fin —y esto es lo que tan sólo trato de mencionar— el escaso interés de la historiografía española, abordada en su conjunto, por trazar un tendido que permita emprender de manera adecuada (adecuada al presente plurinacional y adecuada también a la *verdad histórica*, ambas cosas al tiempo) los lineamientos de una *nueva* (*novísima*, quizá) historia cultural. Una historia que sea, a la par, rigurosa desde el punto de vista disciplinario⁹⁴ y eficaz desde el punto de vista del futuro. (Y con ello pienso en un tipo de construcción —ojalá que posible—, no esencialista, tan desapasionado como iluminador del recorrido histórico del nacionalismo *español* y de su construcción histórica junto a los periféricos).⁹⁵

Lo que hay no es bastante. Ha habido una tendencia a la elusión, de largo aliento si hacia atrás se mira,⁹⁶ que algo quizá se ha visto enderezada

XIX», en Rafael SÁNCHEZ MANTERO (ed.), *En torno al 98. España en el tránsito del siglo XIX al XX*, Huelva, tomo I, pp. 91-112, y «El surgimiento de las nuevas identidades contemporáneas: propuestas para una discusión», *Ayer*, 35, 1999, pp. 21-52.

⁹⁴ Carlos FORCADELL, «Historiografía española e historia nacional: la caída de los mitos nacionalistas», *Ayer*, 30, 1998, pp. 141-158. También, C. FORCADELL (ed.), *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Fundación Fernando el Católico, 1998.

⁹⁵ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, «Los oasis en el desierto. Perspectivas historiográficas sobre el nacionalismo español», *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 26, 1997, pp. 483-533. Trabajos como los de Justo G. BERAMENDI contribuyen a esa reconstrucción, que sólo acaba de empezar. Véase, entre los más recientes, su artículo «Identidad nacional e identidad regional en España entre la Guerra del Francés y la Guerra Civil», en *Los 98 Ibéricos y el mar*, Madrid, Fundación Tabacalera, 1998, vol. III, pp. 187-215. Del propio BERAMENDI, en colaboración con P. ANGUERA y J. L. DE LA GRANJA, está a punto de aparecer el volumen *La España de los nacionalismos y las autonomías* (Madrid, Síntesis), donde se aborda un planteamiento integrado y relacional.

⁹⁶ Pedro RUIZ TORRES, «Representaciones del pasado en la cultura nacionalista española de finales del siglo XIX», en *Los 98 Ibéricos y el mar*, 1998, vol. II, pp. 137-161.

(aunque es difícil saber aún si con efectos prácticos y posibilidades de duradero éxito)⁹⁷ a raíz de trabajos que, recientemente, aspiran a arrojar nueva luz sobre las denominadas «crisis fin de siglo» —crisis moral y crisis de identidades— que catalizaría el 98.

Y que, en fin, pretenden reinterpretar, con originalidad que no siempre se logra, sus varias y complicadas consecuencias. Consecuencias que no serían ya tan sólo *intelectuales*⁹⁸ en su sentido estricto, sino también extensamente *culturales*⁹⁹ y, por ende, y a la larga no menos (a pesar de la frecuente confusión entre crisis política y crisis de partidos que subsiste parcialmente en nuestra historiografía) consecuencias *políticas*.¹⁰⁰

Lo cierto es que para continuar tal tipo de ejercicio a escala general — que pudiera aplicarse al conjunto político y social que llamamos España— y, de este modo, hacer más sólida y estable esa *historia cultural* tan dinámica y versátil a esta hora, no deberíamos nunca aguardar a coyunturas como otro *fin de siglo*. Porque, entre otros imponderables aún más terribles, ¡quién sabe qué cosa podrá ser, para entonces, la historia cultural!...

⁹⁷ Quizá el mayor eco lo consigue la publicística de José ÁLVAREZ JUNCO. De su autoría son, entre otros, «Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades en la España del siglo XIX», en Antonio ROBLES EGEA (ed.), *Política en penumbra*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 71-94, y «El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras», en Rafael CRUZ y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 35-68.

⁹⁸ Vicente CACHO, *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997. No por casualidad, el artículo que cierra el volumen se dedica a «Ortega y el espíritu del 98» (pp. 117 ss.), y el que lo abre, y explica el conjunto recopilatorio, «Hacia una historia intelectual en el periodo de entresiglos» (pp. 13 ss.). También, J. C. MAINER, «La crisis intelectual del 98: de Rudin a Lord Chandos», *Revista de Occidente*, 202-203, 1998.

⁹⁹ Carlos SERRANO, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999. También «Conciencia de la crisis, conciencia en crisis», en J. PAN MONTOJO, *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 335-403.

¹⁰⁰ Rafael L. NINYOLES, *Mare Espanya. Aproximació al nacionalisme espanyol*, Valencia, Tàndem, 1997, sobre la sociología y psicología social nacionalistas del fin de siglo.